

Pues bien, todos estos caracteres, creo que sin excepción —es decir, salvo un título y medio que se deben a Ímaz<sup>2</sup> de los cuatro de las secciones, y el de la revista adelantado por Alfonso Reyes— fueron aceptados a propuesta mía cuando no puestos en práctica directamente. Recuerdo que la aceptación de alguno de ellos, como el de consagrar una sección a los problemas y sucesos de nuestro tiempo, y el de la ilustración gráfica, requirieron despliegue, uno de tenacidad y el otro de insistencia. Que la arqueología figurara en la revista y a ser posible en casi todos los números, tampoco fue cosa comprendida de inmediato<sup>3</sup>. En este aspecto hasta la participación posterior de don Alfonso Caso en la Junta de Gobierno se debió a proposición y a gestiones mías ya que las relaciones entre ustedes, por razones que usted me expuso, se conjugaban a la sazón en tiempo frío.

A todo lo cual debe añadirse la publicación de libros complementarios de las secciones, a la que puso usted resistencia algún tiempo<sup>4</sup>.

Y nada se diga de la constitución material, desde el dibujo y disposición de la portada y forros hasta los caracteres del papel y los detalles de impresión más nimios. Me incumbió a mí determinarlo todo.

Y aquí, sin el menor deseo de mortificarle, me creo obligado a decir que, en contraste con su eficacia en resolver los problemas de organización material y obtención de fondos, no recuerdo ninguna aportación suya en aquellos aspectos fuera del carácter bimestral de la revista frente a mi insistencia en que debiera ser mensual. Quizás olvido cosas. Si me las indicara lo reconocería con gusto.

Entiendo que esa «maternidad» que he venido atribuyéndome se encuentra certificada por mi dedicación íntegra, abnegada, sacrificada incondicionalmente a la perfección y mejor desarrollo de la revista, sin aprovechamiento, afectación y alardes, que suele ser la de las madres hacia sus hijos. No huelga quizá recordar que durante los largos meses que duró la gestación viví económicamente a salto de mata, reservando la plenitud de mis actividades para la revista futura, sin saber siquiera si iba a encontrar en ella algún medio de vida. Y por lo que a esto se refiere, es de creer que el trabajo con que contribuí al nacimiento y aparición de *Cuadernos* valía probablemente algo más que los ciento cincuenta pesos mensuales que —teniendo en cuenta quizá mi condición de padre de familia y mi calidad de Presidente de la Junta de Cultura Española— se me entregara a partir del otoño y durante varios meses por realizar las siguientes labores: secretaría o codirección, como quiera llamársele; solicitud de colaboración; recepción de visitas; ilustración gráfica sin medio alguno; corrección de originales y pruebas; vigilancia en la imprenta durante veinte o veinticinco días cada dos meses, tarea que durante algún tiempo fue exigente; correspondencia literaria y administrativa; pagos y cobros; contabilidad —rudimentaria, naturalmente—; distribución en México; anuncios, etc. Durante no pocos meses me incumbió tocar todos los instrumentos de la orquesta, sin olvidar la escena y, a ratos, el manejo de la batuta. Más tarde, se duplicó mi estipendio y se me descargó la contabilidad. Pero me inclino a creer que no serán pocos los economistas y sociólogos que estimando la cantidad y la calidad del trabajo rendido, piensan que mi contribución económica y personal a la financiación de *Cuadernos* fue bastante importante.

Ante sus amigos materialistas históricos suele usted complacerse en hablar del «milagro» de *Cuadernos* que atribuye usted a la amistad. Sin desconocer la parte que a la amistad puede caberle, ¿no cree usted que, mirado el fenómeno en su conjunto, es ésa una perspectiva incorrecta y que el centro miracular gravita más bien en otra parte, quizás en el entusiasmo «a mil por ciento», al acierto y constante iniciativa que el espíritu del pueblo español sacrificado supo, al remitirse al Nuevo Mundo, infundir a quienes sintieron vocacionalmente la defensa de su causa? ¿No serán los demás elementos complementarios? Y en consecuencia y por ejemplo, ¿no será un poco pueblerina, un tanto distanciada de la realidad, la adulación emitida públicamente en uno de los actos de *Cuadernos* —tan venidos a menos— y sin que se sintiera usted obligado a oponer la rectificación más ligera, que el mérito de la revista corres-

<sup>2</sup> Eugenio Ímaz (San Sebastián, 1905-Veracruz, México, 1950). Uno de los más hondos pensadores del exilio español.

<sup>3</sup> Sobre este tema, de importancia capital americanista, Juan Larrea escribió en el número 3 (tercer bimestre —mayo-junio— de 1942) de *Cuadernos Americanos* la nota «Conocimiento de América», justificativa de la inclusión en la revista de la sección propuesta por Larrea PRESENCIA DEL PASADO.

<sup>4</sup> Esta iniciativa de Juan Larrea convirtió a *Cuadernos Americanos*, a más de revista, en muy importante empresa editorial.

pondía íntegramente a usted, como quien dice, asignándome a mí —la generosidad de los zánganos, hueros como se sabe de nacimiento por más que se precien de escritores, suele ser mucha— el papel de simple y hasta casi enfadoso ayudante en cuanto «infatigable abeja surrealista».

Independientemente de la Junta de Gobierno que sólo actuaba en ocasiones solemnes y que por lo general se limitaba a dar su visto bueno a los proyectos que le eran sometidos, los asuntos de la marcha de la publicación solían ventilarse en el seno de un pequeño comité de iniciativas constituido por lo regular por usted, León Felipe, Ímaz y yo. Allí se debatían los problemas democrática y amistosamente, con ventaja, claro está, para el modo de ver y de sentir de los tres componentes de la Junta de Cultura Española. De este modo, sus fuertes instintos de mando, visibles desde un principio y no por mi parte sin sorpresa, pudieron moderarse y ser compatibles con el impulso creador de la revista.

Duró esta situación bastante tiempo. *Cuadernos* funcionó, a mi juicio, correctamente, como un instrumento al servicio de una empresa de creación cultural nueva y ambiciosa, afirmando posiciones neomúndicas y universales que si después no se han sostenido, catastraron el ámbito para el futuro. Se trataba de ir creciendo, de ampliar el campo de operación donde sembrar al voleo toda clase de estímulos.

(...)

Cada vez ha sido más fuerte e inconsiderado en usted —error grande— el deseo de sentirse jefe máximo y usufructuario de su destino. Le hablo, ya lo ve usted, con franqueza. Fue error grande porque en cuanto por mi parte vi que el convenio equitativo que tácitamente regia entre nosotros había caducado y que *Cuadernos* había dejado de ser una idea en marcha hacia grandes y humanas cosas a cuyo servicio nos encontrábamos los en ella interesados, cada cual con sus posibilidades, y se desaprovecharon las ocasiones magníficas que ella misma había contribuido a promover, la tensión de mi entusiasmo declinó sin remedio.

(...)

Es muy sencillo, dada su forma cuadrículada, seguir llenando las estanterías y las de sus suscriptores con artículos en gran parte de aluvión mejores o menos buenos. Pero ese vegetar sin sentido con prima a la hojarasca, no es lo que hacía de *Cuadernos* una revista singular, ni lo que justifica la pasión de que procede, los esfuerzos que se han hecho...

(...)

Le hablo con ruda franqueza, con el derecho que asiste a toda «madre» que se siente responsable del porvenir de su hijo, en un último y quizás heroico intento de hacerle caer a usted en cuenta de bastantes cosas de manera que se evite lo que a mi juicio sería la degradación definitiva de *Cuadernos*. Como ya en otras circunstancias no ha interpretado usted con la debida justeza mis reacciones, me creo obligado a decirle que no guardo ningún resentimiento por haber tenido que dejar esa secretaría que, según cuentan las crónicas refiriéndose a sus propias palabras, deseaba usted absorber hace tiempo, cosa que explica no pocas. Es excelente, desde mí, que la revista pueda manejarse por sí sola, dejándome en libertad para acometer otros problemas más arduos y avanzados. Y en el fondo ¿no ha acabado usted de completar el cuadro a que antes me referí, de la Junta de Cultura Española, llegando dentro de él hasta ocupar mi puesto? Repito que no estoy resentido. La verdad es que me encuentro más libre, más contento y más favorecido por lo que me importa, que nunca. Imagino que el orden poético-creador o si se quiere providencial a que es sensible mi vida, me ha traído adonde debe estar el atajo que conduce a una etapa más efectiva y amplia del proceso neomúndico que ha empezado a abrirse camino en nuestro tiempo. *Cuadernos*, desde ese punto de vista, es una base que debería seguir siendo útil, incluso en relación con las cosas importantes que me parece deben hacerse aquí aunque no se disciernan todavía concretamente. Y esta nueva etapa prolonga, como es natural, la línea de los intereses universales del pueblo español, los de México —no en

balde me he mexicanizado hasta recibir el sacramento de la pirámide— y los del Nuevo Mundo.

Estamos estos días entrando, como distraídamente, en el momento agudo de la crisis histórica complejísima, frente al que *Cuadernos* debe asumir la actitud intelectualmente correcta que le corresponde. Los acontecimientos hablan por sí solos.

(...)

Tiene usted ocasión ahora de infundir nuevo entusiasmo y de revitalizar *Cuadernos*. Reorganícelos, siempre que se decida a transformarlos en una revista menos ostentosa pero más ágil y eficaz para la lucha presente. Es de temer que la tensión internacional en Corea siga en aumento hasta llegar a su extremo límite. Parece probable que se envenenen las cosas y que durante no corto tiempo nos hallemos al borde de la guerra tremenda. Mi impresión actual sigue siendo la de siempre: creo que se evitará el conflicto generalizado y que la voluntad agresora acabará por perder los colmillos. Lo que no quiere decir que se hayan resuelto todos los problemas. En ese punto es donde empieza realmente la tarea maravillosa.

Y termino, exhausto ya, después de haber cumplido un deber penoso. Ojalá que el resultado de esta carta, cuyos aspectos crueles no se me ocultan, sea la salud de nuestra revista que parecía llamada, así como usted, a ganar la luz esencial, según la expresión de León Felipe.

Con mis mejores deseos personales para usted, es siempre amigo suyo y servidor  
**Juan Larrea**

Los buenos deseos de Juan Larrea para *Cuadernos Americanos* se cumplieron en parte no desdeñable, a pesar de las muchas dificultades, y de toda índole, que con su capacidad y tesón supo vencer Jesús Silva Herzog.

No fue tampoco mínima la aportación a *Cuadernos Americanos* del otro fundador español, León Felipe. Y no sólo en su etapa fundacional, pues aparte de su asidua colaboración literaria y de sus actividades como miembro de la Junta de Gobierno, actuó como el más eficaz promotor de la revista, sobre todo en su gira de dos años por Hispanoamérica (1946-1947). Jamás, en ninguna de las innumerables conferencias y entrevistas radiofónicas y periodísticas celebradas en cada uno de los países que visitó, dejó de referirse a *Cuadernos Americanos*, de una forma u otra, semilla publicitaria continental que tanto benefició a la revista granando en muchas y nuevas colaboraciones... y suscripciones.

Al conmemorar el cincuentenario de *Cuadernos Americanos* —ahora en manos de Leopoldo Zea y de la Universidad Nacional Autónoma de México— deseamos que continúe su línea ascendente durante por lo menos otro medio siglo en pos de las aspiraciones del fundacional «grupo de intelectuales mexicanos y españoles, resueltos a enfrentarse con los problemas que plantea la continuidad de la cultura».

Y, al finalizar, nos conmueve el recuerdo del reencuentro de Juan Larrea y Jesús Silva Herzog en 1974, con motivo del gran homenaje a León Felipe en México adonde el poeta bilbaíno no había vuelto desde 1949. El emocionado y estrecho abrazo de los dos viejos amigos —al pie del monumento a León Felipe recién inaugurado— reafirmó una amistad que les trascendió y ha de perdurar en la vida de *Cuadernos Americanos*, los que, estamos seguros, seguirán siendo —entre tantas otras cosas esenciales y universales— tribuna de la amistad hispano-mexicana e hispano-americana.

**Alejandro Finisterre**

Diego Rivera: *La  
vendedora de flores*  
(Museo de Arte  
Contemporáneo, Madrid)

